

EL ENCUENTRO DE LA PRIMAVERA (RAZONAMIENTO)

Los boreas cambiaron el céfiro. Sopla una brisa que no viene del oeste ni del sur (estoy desde hace poco en Moscú y aún no conozco bien este lugar del mundo), sopla levemente, que apenas levanta las faldas... No hace frío, de tal manera no hace frío que uno puede atreverse a pasear con sombrero, abrigo y bastón. Incluso no hiela de noche. La nieve se derritió, volviéndose agua turbia, que fluye rumorosamente desde las colinas y los cerros hasta los sucios canales; únicamente no se derritió en las calles estrechas y en las callejuelas donde sosegadamente yace amontonada bajo una capa de tierra y así permanecerá hasta mayo... En los campos, en los bosques y en los bulevares tímidamente brota la hierba verde... Los árboles aún están completamente desnudos, pero parecen como si estuvieran animados. El cielo es bonito, puro, luminoso; solo raras veces pasan nubes que dejan caer a la tierra pequeñas gotas... El sol brilla tan espléndido, tan cálido y tan tierno, que parece haber bebido y comido hasta saciarse, como si hubiera visto a un viejo amigo... Huele a hierba joven, estiércol, humo, moho, a todo tipo de basura, a la estepa y a algo muy particular... Allá donde mires, en la naturaleza todo son preparativos, labores, guisos sin fin... En esencia, llega la primavera.

El público, que ya se hartó terriblemente de gastar dinero en leña, de andar con pesadas pieles y gruesos chanclos, de respirar aire helado, húmedo y viciado, impetuosa, alegremente extiende los brazos para saludar la llegada de la primavera. La primavera es una invitada deseada,

pero ¿acaso es buena? ¿Cómo les diría? Para mí, no se trata de que sea demasiado buena, y no se puede decir que sea demasiado mala. Sea como fuere, se la espera con impaciencia.

Los poetas, viejos y jóvenes, mejores y peores, dejan por un tiempo en paz a cajeros, banqueros, ferroviarios y maridos cornudos, dejan correr la pluma para componer madrigales, ditirambos, odas laudatorias, y demás obras poéticas, cantando en ellas todos los encantos primaverales... Cantan habitualmente con poca fortuna (no hablo de los presentes). La luna, el aire, la bruma, la lejanía, los deseos, «ella» está en ellos en primer plano.

Los prosistas también propenden a la armonía poética. Todos los folletines, alabanzas y vituperios comienzan y terminan con la descripción de sus propios sentimientos, a propósito de la inminente primavera.

Las señoritas y los caballeros... sufren mortalmente. Su corazón late a 190 pulsaciones por minuto, la temperatura es ardiente. Los corazones están llenos de dulces presentimientos... La primavera lleva consigo el amor, y el amor lleva consigo «¡Tanta felicidad, tanto sufrimiento!». En nuestro dibujo la primavera mantiene a los enamorados en la cuerda floja. Y hace bien. También en el amor hace falta disciplina, ¿qué sucedería si ella dejara caer el Amor, le diera, canalla, libertad? Yo soy un hombre más bien serio, pero también a mí en virtud de los aires primaverales, acuden a mi cabeza toda clase de diabluras. Escribo, y ante mis ojos hay paseos umbríos, fuentes, pájaros, «ella» y todo lo demás. La suegra empieza a mirarme de manera sospechosa, y la mujer se deja ver junto a la ventana...

Los médicos son gente muy seria, pero tampoco ellos duermen tranquilos... Tienen pesadillas y les invaden los sueños más seductores. Las mejillas de los doctores, los practicantes y los boticarios arden sonrosadas y febriles. Y no sin motivo. Sobre las ciudades se extienden nauseabundas nieblas, y esas nieblas están compuestas de microorganismos que producen enfermedades... Duele el

pecho, la garganta, los dientes... Se despiertan viejos reumatismos, gotas, neuralgias. Los tísicos tosen sin parar. En las farmacias hay terribles tumultos. El pobre boticario nunca puede comer ni tomar té. El clorato potásico, los polvos de Doverov, los ungüentos para el pecho, el yodo y estúpidos productos para los dientes se venden a montones. Escribo y escucho cómo en la farmacia vecina resuenan las monedas de cinco kopeks. Mi suegra tiene flemones en los dos carrillos: un monstruo monstruoso.

Los pequeños comerciantes, las cajas de ahorro, los caníbales prácticos, los judíos y los campesinos bailan la cachucha de la alegría. También para ellos la primavera es una bendición. Miles de abrigos de pieles van a las casas de empeños para dar de comer a los hambrientos. Toda la ropa de invierno que aún tiene valor se lleva para bendición de los judíos. Si no llevas el abrigo de piel a la casa de empeños, te quedas sin ropa de verano y te pavonearás en la casa de campo con pieles de castor y mapache. Por mi abrigo de piel que vale como mínimo 100 rublos, me dieron 32 en la casa de empeños.

En las ciudades de Berdichev, Zhitomir, Rostov, Poltava, el fango llega a las rodillas. Es un fango pardo, viscoso, fétido... Los transeúntes se sientan en casa y no asoman la nariz a la calle por si se hunden en el diablo sabe qué. Te dejas en el fango no solo los chanclos, sino incluso las botas y los calcetines. Sal a la calle en caso de necesidad, o descalzo o en zancos, pero lo mejor es que no salgas en absoluto. En Moscú, a decir verdad, no se deja uno las botas en el fango, pero es más seguro llevar chanclos. Uno puede despedirse de los chanclos para siempre en muy pocos lugares (a saber: en la esquina de las calles Kuznetski y Petrovka, en Truba y casi en todas las plazas). De una aldea a otra no puedes ir.

Todos se disponen a pasear y regocijarse, excepto los adolescentes y los jóvenes. No se ve a la juventud por los exámenes de primavera. Todo el mes de mayo pasa obteniendo sobresalientes y suspensos. Para los suspensos la

primavera no es un huésped deseado.

Aguarden un poco, dentro de cinco o seis días, como mucho dentro de una semana, los gatos maullarán más fuerte bajo las ventanas, la hierba rala se hará espesa, en las aldeas los brotes se harán vellosos, la hierba crecerá por todas partes, el sol calentará y la primavera será primavera de verdad. De Moscú saldrán convoyes con muebles, flores, colchones y doncellas. Pulularán hortelanos y jardineros... Los cazadores comenzarán a cargar sus escopetas.

Aguarden una semana, tengan paciencia, y mientras tanto pongan resistentes vendas en su pecho, para que no salgan de él sus desenfrenos, las impacientes demoras del corazón...

Por cierto, ¿cómo desean representar en el papel la figura de la primavera? ¿De qué manera? En tiempos antiguos, la dibujaban en forma de una bella doncella, tendida en un campo de flores. Las flores son sinónimo de alegría... Ahora son otros tiempos, hay otros gustos, y otra primavera. También se dibuja como una joven dama. No está tendida en las flores, puesto que no hay flores, y tiene las manos metidas en los manguitos. Haría falta representarla demacrada, delgada, esquelética, tísica, pero que sea *comme il faut*¹. Le haremos esa concesión solo porque es una dama.

¹. Como es debido.

EN LAS HABITACIONES NUMERADAS

—¡Escúcheme, querido! —la coronela Nashatírina, inquilina del número 47, se abalanzó enrojecida y alterada sobre el propietario—. ¡O me da otro número de habitación donde residir o me tendré que ir de sus malditas habitaciones! ¡Esto es un pesebre! ¡Me perdonará usted, pero tengo hijas grandes y aquí solo se escuchan porque-rías día y noche! ¿Qué le parece? ¡Día y noche! ¡A veces él suelta algunas cosas que se le atrofian a una las orejas! ¡Es tan simplón como un carretero! Menos mal que mis niñas aún no entienden nada, porque si no habría que huir con ellas a la calle... ¡Escuche! ¡Ahora está diciendo algo!

—Yo conozco, hermano mío, un caso aún mejor —desde la habitación vecina llegaba una débil voz ronca—. ¿Te acuerdas del teniente Druzhkov? Pues el tal Druzhkov realizó una vez una carambola con la bola amarilla a la esquina y, como suele hacer, levantó la pierna... De repente hizo algo y... ¡zras! Al principio pensábamos que había roto el tapete de la mesa de billar, pero cuando miramos, hermano mío, ¡sus costuras se parecían a los Estados Unidos! Tanto levantó la pierna el muy bestia que no le quedó ni una costura... Jajajá. Pero es que en ese momento había damas presentes... la esposa del baboso alférez Okurin... Okurin enfureció... ¿Cómo se atreve a comportarse de esa forma indecente ante mi esposa? Palabra por palabra, ya sabes cómo son los nuestros... Okurin envió sus compinches a Druzhkov, y Druzhkov, que no tiene ni un pelo de tonto, dijo: «No me los mande a mí sino al sastre que cosió este pantalón. ¡Es él el culpable!». Jajajá... Jajajá...

Las hijas de la coronela, Lilia y Mila, que estaban

sentadas junto a la ventana con los puños apoyados en sus rollizas mejillas, bajaron los ojos, hinchados, y se ruborizaron.

—¿Lo ha escuchado? —prosiguió Nashatírina dirigiéndose al casero—. ¿Según usted esto no es nada? ¡Muy señor mío, soy coronela! ¡Mi marido es un mando militar! ¡No pienso permitir que un carretero diga estas abominaciones prácticamente en mi presencia!

—Pero él no es un carretero, señora, sino el subcapitán Kikin... Pertenece a la nobleza.

—¡Pues si se ha olvidado hasta tal punto de la nobleza que se expresa como un carretero, aún merece mayor desprecio! ¡Pero no me responda! ¡En dos palabras, tome medidas!

—¿Qué puedo hacer yo, señora? No es usted la única que se queja, todos lo hacen. ¿Pero qué hago con él? Uno va a verle a su habitación y comienza a avergonzarlo: «¡Aníbal Ivánich! ¡Por Dios! ¡Esto es vergonzoso!», pero él pone el puño frente a tu cara y con otras palabras te dice «Vete a freír espárragos» o cosas así. ¡Un escándalo! Por la mañana se despierta y sale al pasillo en ropa interior, con perdón. O coge su revólver cuando ha bebido y comienza a disparar balas contra la pared. De día, se atiborra de vino, y por la noche juega a las cartas... Y después de jugar arma el lío. ¡Vergüenza me da por mis inquilinos!

—¿Y por qué no desahucia a este sinvergüenza?

—¿Cómo te tragas algo así? Debe ya tres meses, no le reclamamos el dinero, solo que se vaya, por caridad... El juez de paz lo sentenció a desalojar la habitación, pero él ha apelado, y esto se alarga... ¡Simplemente da pena! ¡Menudo hombre, Dios mío! Es joven, guapo, inteligente... Si no ha bebido no hay hombre mejor. El otro día no estaba borracho y estuvo escribiéndoles cartas a sus padres.

—¡Pobres de sus padres! —suspiró la coronela.

—¡Pobres, en efecto! ¿Es que es agradable tener un vago como este? Lo reprenden, lo expulsan de las habitaciones, y no hay día que no lo juzguen por algún escán-

dalo. ¡Una lástima!

–¡Pobre de su infeliz mujer! –suspiró la coronela.

–No está casado, señora. ¡Cómo podría estarlo! Gracias a Dios que tiene la cabeza intacta...

La coronela dio unos pasos de una esquina a otra.

–¿Dice usted que no está casado?

–En absoluto, señora.

La coronela volvió a pasearse de nuevo de una esquina a otra y se quedó pensado.

–Mmm... No está casado... –dijo pensativamente–. Mmm... ¡Lilia y Milia, no os sentéis junto a la ventana que hay corriente! ¡Qué pena! ¡Un hombre joven y se echa a perder de esta forma! ¿Y todo por qué? ¡No tiene buenas influencias! No tiene una madre que... ¿No está casado? Bueno, eso es porque... por eso... Por favor, sea usted amable... –continuó la coronela, pensando–, vaya a verlo y pídale en nombre mío que... bueno, absténgase de expresiones... Dígale que la coronela Nashatírina rogó... Vive con sus hijas, dígale, en la número 47... vino desde sus propiedades...

–Sí, señora.

–Dígale eso: la coronela con sus hijas. Que venga a pedir disculpas... Estamos siempre en casa por la tarde. ¡Ah, Mila, cierra la ventana!

–¿Qué le ha dado a mamá con ese... perdido? –soltó Lilia cuando salió el propietario–. ¡Ya ha encontrado a quién invitar! ¡A un borracho, pendenciero y desastroso!

–Pero no digas eso, *ma chere*... Siempre estáis hablando así, pero... ¡os quedáis aquí sentadas! ¿Entonces? Él será lo que sea, pero con todo y con eso, no se le debe hacer de menos... No hay mal que por bien no venga, ¿quién sabe? –suspiró la coronela mirando preocupada a sus hijas–. Puedes que este sea vuestro destino... Por si acaso, vestíos...

ENCAJE DE BOLILLOS

El sacristán Otlukavin está en el coro, y sostiene entre sus grasientos dedos una pluma de ganso. Las arrugas se reúnen en su pequeña frente, en su nariz juguetean manchas de todo color, comenzando por el rosa y terminando por el azul. Ante él, encima de la cubierta roja del *Santo Triodio* hay dos papeles. En uno de ellos hay escrito: «Por la salud»; en el otro: «Por los difuntos», y bajo ambos rótulos una lista de nombres... Junto al coro, está de pie una pequeña viejecita de rostro preocupado con una bolsa a la espalda. Pensativa.

—¿Quién va después? —pregunta el sacristán, rascándose la oreja con dejadez—. Vamos, señora, piense que no tengo tiempo. Debo leer *las horas* del Oficio.

—Ya, padre... Bien, escriba... «Por la salud» de los siervos de Dios: Andréi y Daria con su descendencia... Mitri, otra vez Andrei, Antip, María...

—Espera, no vayas tan rápido, que no estás corriendo detrás de una liebre... Tienes tiempo.

—¿Anotó María? Bien, ahora Kiril, Gordéi, Guerasim, el niño que acaba de morir, Pantaléi... ¿Apuntó al difunto Pantaléi?

—Espere, ¿Pantaléi ha muerto?

—Murió... —suspira la vieja.

—Pero entonces, ¿por qué me mandas anotarlo en «Por la salud»? —el sacristán tacha enfadado a Pantaléi y lo pasa a la otra hojita—. Entonces... Habla con propiedad y no me confundas. ¿A quién más «Por los difuntos»?

—¿En «Por los difuntos»? Un momento, a ver... Bien, escriba: Iván, Avdotia, otra Daria, Egor... Anote... al soldado Zajar... No se sabe nada de él desde que se fue al

servicio hace cuatro años...

–Es decir, ¿se murió?

–¿Quién lo sabe? Puede que haya muerto o puede que esté vivo... Usted apúntelo...

–¿Pero dónde lo apunto? Si hubiese, digamos, muerto, entonces en «Por los difuntos», pero si está vivo, entonces en «Por la salud»... ¡Comprenda a su hermano!

–Mmm... Pues, apúntelo en las dos hojas y ya se verá. Además, a él le va a dar lo mismo dónde lo anote porque es un hombre licencioso, un perdido... ¿Lo anotó? Ahora en «Por los difuntos» a Mark, Lievonti, Arina... Ah, y a Kuzmá y Anna... A Fedosia, que está enferma...

–A Fedosia, que está enferma, ¿en «Por los difuntos»? ¡Uf!

–¿Qué tiene con los difuntos? ¿Se burla?

–¡Uf! ¡Me está usted enredando! No se ha muerto aún, lo ha dicho, así que si no se ha muerto, no hay por qué meterla en «Por los difuntos». ¡Me está confundiendo! Así que tendremos que tachar con una cruz a Fedosia y ponerla en el otro sitio... ¡Ya he manchado todo el papel! Bueno, escucha que te leo: «Por la salud» de Andréi, Daria y su descendencia, de nuevo Andréi, Antip, María, Kiril, Guer... y el niño que acaba de morir... Espera, ¿por qué está aquí este Guerásim? Recién fallecido y, ¡de pronto en «Por la salud»! ¡No, me ha enradado, vieja! ¡Márchate con Dios! ¡Me ha enredado por completo!

El sacristán meneaba la cabeza, tacha a Guerásim y lo pasa a la hoja de «Por los difuntos».

–¡Escúcheme! «Por la salud» de María, Kiril, el soldado Zájár... ¿A quién más?

–¿A Avdotia la ha apuntado?

–¿A Avdotia? Mmm... Avdotia... Evdokia... –el sacristán vuelve a examinarlas dos hojitas–. Recuerdo haberla anotado, pero el diablo sabrá... No aparece por ningún sitio... ¡Ah, aquí está! ¡En «Por los difuntos» está anotada!

–¿A Avdotia en «Por los difuntos»? –se asombra la

vieja—. ¡No hace apenas un año que se casó y usted ya quiere su muerte? Usted mismo, querido, es el que se enreda, pero se enfada conmigo. Escriba con tranquilidad, porque si siente rabia en el corazón el demonio se alegra. Es eso, el demonio que le ronda y le enreda...

—Espera, no me moleste...

El sacristán frunce el ceño, piensa un poco y tacha lentamente a Avdotia de la lista de «Por los difuntos». La pluma chirría en la letra «d» y cae un borrón grande de tinta. Confundido, el sacristán se rasca la nuca.

—Entonces, Avdotia fuera de aquí... —murmura algo turbado—, y la apuntamos allí... ¿Así? Espera... Si la apuntamos aquí entonces es en «Por la salud», pero si la apuntamos allí es «Por los difuntos»... ¡Esta mujer me ha enredado por completo! Y al soldado este, Zájár, ya no sé dónde está... Que el diablo me lleve... ¡No entiendo nada! Hay que empezar de nuevo...

El sacristán se estira hasta un armario pequeño y saca un trozo de papel blanco.

—Si es por eso, quite de la lista a Zájár... —dice la vieja—. Que vaya con Dios, quítalo...

—¡Cállese!

El sacristán moja la pluma despacio y copia los nombres de los dos papeles en la hoja nueva.

—Los apuntaré todos seguidos —dice—, y se los llevará al diácono... Deje que sea el diácono quien descubra quién está vivo y quién muerto. Estudió en el seminario y es que yo de estos asuntos... no me mates, pero no entiendo nada.

La vieja agarra el papelito, le da al sacristán un kopek y medio de los antiguos y se marcha trotando hacia el altar.